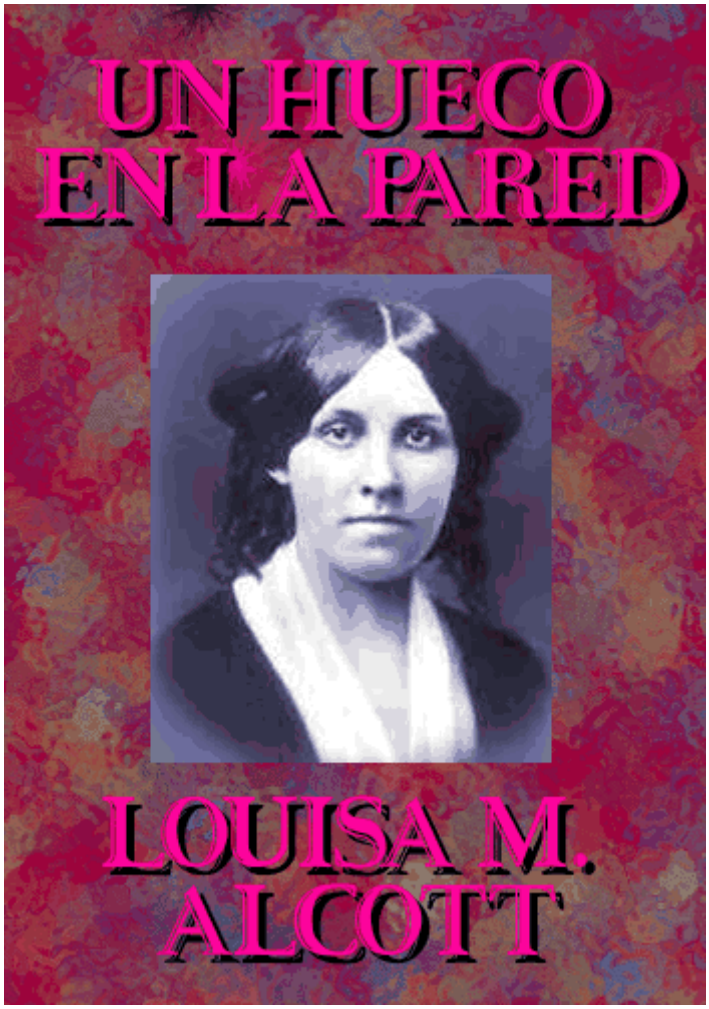
LIBRO dot.com

UN HUECO EN LA PARED

LOUISA M. ALCOTT



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

Si alguien hubiera preguntado a Johnny Morris quiénes eran sus mejores amigos, habría respondido:

-Después de mamá, el sol y el viento.

Johnny habitaba en una callejuela que surgía de una de las calles más transitadas de la ciudad; una calle bulliciosa, donde tintineaban las campanillas de los tranvías tirados por caballos y los ómnibus iban y venían todo el día desde varios grandes depósitos cercanos. La calleja era incolora, con sólo dos o tres casas destartaladas y un alto muro liso al fondo.

La gente que por allí pasaba iba demasiado atareada para hacer otra cosa que echar una mirada al muchachito cojo, sentado al sol, contra la pared; o para adivinar que en él lugar existían una galería de cuadros y una biblioteca circulante. Pero Johnny tenía una y otra, y tanto se consolaba con ellas, que no alcanzaba a agradecer bastante al viento que le había llevado sus libros y sus cuadros, ni al sol que le permitía aprovecharlas al aire libre, mucho más que los ricos gozan de sus hermosas galerías y bibliotecas.

Meses antes del comienzo de este relato, Johnny cayó con tan mala suerte, que sus pobres piernas quedaron casi inútiles, y ese muchacho vivaz y sonrosado se convirtió en un inválido. Su madre se dedicó a lavar ropas y trabajó con ahínco para pagar las cuentas del médico y para alimentar y vestir a su hijo, que ya no podía hacer mandados, ayudarla a transportar las pesadas tinas ni ir a la escuela. Lo único que podía hacer, era elegir encajes para que ella planchara, permanecer durante horas tendido en su cama, y todos los días templados, cojear hasta sentarse en una sillita vieja entre la pipa del agua y la olla de latón agrietado donde guardaba su biblioteca.

Pero pese a la pobreza y el dolor, era un muchacho feliz. El día en que una fuerte ráfaga arrastró a sus pies fragmentos de un vistoso cartel y un periódico sucio fue el principio de la buena suerte para el paciente Johnny. Del otro lado, en la calle, había un teatro, de modo que le llegaron más trozos ilustrados, ya que al viento caprichoso le agradaba arrebatar los papeles por la esquina y perseguirlos aquí y allá, hasta que se asentaban debajo de la silla o volaban locamente por encima del muro.

Caras, animales, gentes, grandes letras..., todo vino a animar al muchacho, que nunca se cansaba de coleccionar tales objetos. Recortaba las ilustraciones grandes para pegarlas en la pared con los restos del almidón de su madre, y las más pequeñas, en la carpeta de recortes que preparó con papel resistente de envolver o de diario, después de haber leído minuciosamente estos últimos. Pronto la pared quedó muy adornada, puesto que su madre, parada en una silla, lo ayudó a fijar arriba los recortes grandes, una vez que Johnny cubrió todo el espacio a su alcance. A estos libros los guardaba cuidadosamente en caldera, después de plancharlos bien y numerarlos con letras pegadas en el lomo. Esta era !a biblioteca circulante, pues no solamente los diarios recorrían la callejuela, sino que los libros confeccionados después con ellos, iban de mano en mano de los vecinos hasta gastarse.

El viejo zapatero remendón de al lado gustaba leer las anécdotas el domingo, cuando no trabajaba; la pálida costurera de arriba solía contemplar los anuncios de las cosas bellas que anhelaba; y Patsey Flynn, el vendedor de diarios que todos los días iba a venderlos a la estación, se detenía a menudo a observar los programas, pues adoraba el teatro y entretenía a Johnny con descripciones de los esplendores que allí se presenciaban, hasta que experimentaba la sensación de haber conocido realmente a todos los actores famosos, desde Humpty Dumpty hasta el gran Salvini.

De vez en cuando, una pandilla de niños sucios entraba en la callejuela, pidiendo ver los "bonitos cuadros". Entonces Johnny, orgulloso y feliz, armado con una vara de colgar la ropa, señalaba y explicaba las bellezas de su galería, sintiéndose un benefactor público cuando los pobres niños le agradecían calurosamente y le prometían volver trayendo todos los diarios vistosos que pudieran encontrar.

Estos eran los placeres de Johnny, que en cambio tenía dos: penas : una muy real, la de su espalda dolorida; y la otra, un ansia infantil de trepar el muro y ver qué había del otro lado, pues al pobre niño le parecía un sitio maravilloso y atractivo, encerrado como estaba en aquella lúgubre calleja, sin compañeros de juego y con escasos consuelos.

Se entretenía imaginando cómo sería del otro lado, y casi todas las noches agregaba algún nuevo encanto a ese territorio nunca visto, cuando su madre le contaba cuentos de hadas para hacerlo dormir. Lo poblaba con los personajes conocidos y queridos por todos los niños. El gato blanco sentado sobre el muro, era para él el Gato con Botas, o el buen .amigo de Whittington. Las mujeres de Barba Azul estaban ocultas en una casa, cuyas ventanas superiores apenas alcanzaba a divisar. Caperucita Roja se encontraba con el lobo en el bosquecillo de castaños, y estaba seguro de que el tallo de haba de Jack crecía por un muro como aquél.

Pero el cuento que más le agradaba era el de "La Bella Durmiente del Bosque", porque le constaba que en aquel jardín habitaba algún ser encantador, a quien ansiaba conocer para jugar con ella. Llegó a plantar una haba en un palmo de tierra húmeda detrás del barril de agua, y observó su crecimiento en la esperanza de obtener una escala tan resistente como la de Jack. Pero el tallo crecía con demasiada lentitud, y Johnny se impacientó. tanto que prometió a Patsey su mejor libro "para él solito", si trepaba y describía lo que viera en aquel jardín encantado.

-¡Cómo no! -y allá subió el bueno de Pat, parándose sobre una tabla colocada encima de la pipa, puesto que las picas en lo alto del muro impedían caminar por allí a cualquiera que no fuera un gato o un gorrión.

¡Ay de las esperanzas de Johnny, y ay del traje de salida de Pat ! La tabla se quebró, y el trepador se zambulló en el agua con un chapuzón y un alarido irlandés que sobresaltó a Johnny e hizo acudir al rescate a la señora Morris y al zapatero remendón.

Luego de tan triste suceso, Pat se mantuvo un tiempo alejado, sumamente resentido, y Johnny quedó más solo que nunca. Pero como era muy optimista, siguió agradecido por los dones que poseía y continuó decorando su pared, pues los vientos de marzo le trajeron muchos tesoros, y una vez pasadas las lluvias de abril, el sol de mayo le permitió estar en la calle casi todo el día.

-Lamento que Pat esté enojado, porque él vio esta obra y me la contó, y le gustaría ayudarme a colocar estas ilustraciones -se dijo una alegre mañana, mientras examinaba un gran cartel traído por el viento unos minutos antes.

La obra era "El Conde de Montecristo", y las ilustraciones representaban al héroe al escapar de su prisión por un hueco hecho en la pared, entre otras notables hazañas.

-¡Este rojo sí que es bonito! ¿Dónde lo pondré para que sea mejor sin estropear las demás bellezas?

Al hablar, Johnny dio vuelta su silla y contempló su galería con tanto orgullo y satisfacción como si encerrara todas las maravillas del arte.

Y en realidad, era bastante espléndida, pues lucía al sol toda clase de cuadros sonrientes damas, escenas trágicas, desfiles circenses y etiquetas de envases rosados tomates, duraznos amarillos y ciruelas purpúreas; cómicos anuncios y alegres avisos de todas clases. Ninguno era perfecto, pero estaban acomodados con cuidado, y

Johnny consideraba muy lindo el efecto.

No tardó en llevar la mirada de estos tesoros a los arbustos en flor que asomaban tentadores por sobre el muro. En la parte superior crecía una vid que intentaba ocultar las agudas picas; sobre ella los lirios arrojaban sus penachos purpúreos, y encima de todos se elevaban varios altos castaños, cuyas anchas hojas constituían verdes carpas, donde empezaban a aparecer los capullos, como velas en un enorme árbol de Navidad. Por todas partes gorjeaban alegremente los gorriones; el gato blanco, con un moño azul nuevo, se calentaba al sol sobre el muro, mientras una dulce voz surgía de las profundidades del jardín encantado, cantando

-Y te invita a venir,
con tu hoyuelo en la barbilla,
Billy, muchacho, Billy, muchacho.

Al oírla, Johnny sonrió y se llevó un dedo _a la pequeña depresión de su propia barbilla, deseando que la cantante concluyera tan agradable canción. Pero nunca lo hacía, pese a que él la oía a menudo, entre otras cantilenas infantiles, cantadas por la misma voz alegre, entre estallidos de risa y el rumor de ágiles pies que recorrían de un lado a otro los senderos entablados. Johnny anhelaba intensamente saber quién era la que cantaba, pues con su música alegraba su soledad, y los misteriosos rumores del jardín acrecentaban día a día su ansia y su curiosidad.

A veces, una voz masculina llamaba:

-Fay, ¿dónde estás?

Y Johnny estaba seguro de que "Fay" era el nombre de una hada. A menudo se oía otra voz, que hablaba en un idioma extraño y suave, lleno de exclamaciones y sonidos agradables. Un perrito que ladraba, respondía al nombre de Pippo. Los canarios cantaban con alegría, y cierta ave misteriosa regañaba, gritaba y reía de manera tan similar a un ser humano, que Johnny experimentaba la seguridad de que alguna magia se llevaba a cabo en la casa contigua.

En ese momento, la brisa traía por encima del muro una fragancia deliciosa, como de flores, y el pobre muchacho imaginó maravillas indescriptibles detrás del muro cruel, mientras cuidaba los dientes de león que su madre le traía desde el campo común, cada vez que tenía tiempo de recogerlos, porque él amaba las flores y trataba de fabricarlas con papel coloreado, ya que no podía obtener las más bellas.

De vez en cuando, un suave rumor excitaba su curiosidad, a tal extremo que en una ocasión cojeó penosamente por la calleja hasta que pudo ver entre los árboles, y sus ojos ávidos alcanzaron a divisar un pequeño ser, todo de azul, blanco y dorado, que lo espiaba desde las verdes hojas, lo saludó con la cabeza e intentó arrojarle un ramo de flores de castaño. Con indecible deleite, él le tendió las manos, olvidando sus maletas, y habría caído de no haberse tomado de una persiana, con tanta. rapidez que se torció la espalda enferma. Cuando volvió a levantar la vista, el hada había desaparecido y no se veía. otra cosa que las hojas que danzaban al viento.

Johnny no se atrevió a repetir el intento por temor de caer, y cada paso le costó una punzada de dolor, pero -nunca lo olvidó y en ello pensaba mientras, sentado, contemplaba el muro, aquel memorable día de mayo.

-¡Cuánto me gustaría asomarme a ver cómo es realmente todo eso! A juzgar por los ruidos y los aromas, es muy lindo. Sé que debe ser espléndido. Oye, minino, dime qué ves...

Johnny lo dijo riendo, y el gato blanco ronroneó cortésmente, pues le agradaba ese muchacho que nunca le arrojaba piedras ni turbaba sus sueños. Pero el felino no podía describir las bellezas de aquel feliz territorio de juegos, de modo que para consolarse por aquella desilusión, Johnny volvió a su nueva ilustración.

-Y si este personaje de la obra se abrió paso por una muralla de tres metros de espesor, y con un clavo enmohecido y un cuchillo roto, no sé por qué no podría yo retirar un ladrillo y echar una ojeada... Allá está todo en silencio ahora; este es un buen lugar, y si pego una ilustración encima del agujero, nadie se dará cuenta. Lo intentaré..., ¡claro que sí!

Entusiasmado con la idea de representar "El Conde de Montecristo" en pequeña escala, Johnny tomó las viejas tijeras que tenía sobre las rodillas y empezó a cavar la mezcla alrededor del ladrillo que, ya flojo, se deshacía en las puntas. Su madre sonrió al ver su energía; luego suspiró mientras, apesadumbrada, planchaba sus encajes.

"Pobrecito; si gozara de salud, ya se abriría paso en el mundo -murmuró-. Pero ahora, mientras viva, se encontrará con un muro por delante, y nadie que lo ayude".

Minino permaneció indiferente, contemplando la escena, pero sin ofrecer consejo. El sapo que habitaba debajo del barril de agua brincó tras unas hojas del tallo, como si fuera Jack dispuesto a trepar, y en ese momento las campanas de mediodía comenzaron a redoblar como si cantaran con voz sonora y clara: "¡Vuelve, Whittington, Alcalde de Londres!"

Así animado por sus amigos, Johnny raspó y cavó vigorosamente hasta que el ladrillo viejo cayó y apareció otro detrás. Luego de una pausa para tomar aliento, recogió su maleta y con dos o tres buenos golpes, no tardó en des

pejar el camino, de modo que el sol brilló por la abertura, mientras el viento agitaba los lirios como estandartes de triunfo y los gorriones gorjeaban alegremente: "¡Aquí llega el héroe conquistador !"

Algo asustado por tan inesperado éxito, el muchacho permaneció un momento en silencio, a ver qué ocurría. Pero todo seguía tranquilo, de modo que poco después, con el corazón agitado, se inclinó para contemplar el anhelado espectáculo. Aunque no alcanzó a ver gran cosa, ese poco acrecentó su curiosidad y su gozo, pues le parecía ver un país mágico, después del polvo, el ruido y las míseras viviendas de su calleja.

Un macizo de tulipanes lucía sus vistosas vestiduras en medio de un cantero; una ave extraña y brillante se alisaba las plumas dentro de una jaula dorada; un perrito blanco dormitaba al sol, y sobre una alfombra roja, bajo los árboles, la Princesa dormía un sueño profundo.

"Todo va bien -suspiró Johnny, complacido-. Sin duda alguna, esa es la Bella Durmiente. Allí está su vestido azul..., su capa de piel blanca que la envuelve..., su hermosa cabellera... y.. sí; allí está la vieja ama, que cose y mueve la cabeza, tal como en el libro ilustrado que me regaló mamá cuando lloré por no poder ir a ver la obra".

Este último descubrimiento dejó de veras perplejo a Johnny y le hizo pensar que los cuentos de hadas podían ser realmente verdaderos, al fin y al cabo, puesto que, ¿cómo iba a saber él que la desconocida era una criada italiana, en ropaje típico y con una rueca en la mano? Después de una pausa durante la cual se frotó los ojos, volvió a mirar, y entonces, moviendo la cabeza, hizo nuevos descubrimientos. Cerca de la Princesa velase una cesta llena de naranjas; de una rama del árbol pendía una cortina a rayas que atajaba el viento, y ante los ojos anhelantes de Johnny se agitaban tentadoras las hojas de varios libros ilustrados.

"¡Oh, si pudiera entrar a comer eso, a leer eso, hablar con ellas y ver tantas cosas espléndidas !" -pensaba el pobre niño que, contemplando tanta maravilla, sentíase privado de todas-. "No puedo entrar a despertarla como el Príncipe, pero ojalá se

levantara e hiciera algo, ahora que puedo verla. No me atrevo a arrojar una piedra, que podría golpear a alguien... ni a gritar; la asustaría. Minino no quiere ayudarme, y los gorriones están muy atareados disputando entre sí... ¡Ya sé ! Remontaré un barrilete, que por lo menos le gustará. No creo que tenga barrilete..., las niñas no suelen tenerlos.

Ansioso por llevar su plan a cabo, Johnny ató una larga cuerda a su más vistoso cartel; después lo ató a la vara que solía utilizar para pescar en el tonel de agua y lo levantó para que recibiera las frescas brisas que soplaban por la calleja. Su buen amigo, el viento, que no tardó en captar la idea, lanzó un fuerte soplido que arrojó por encima del muro el papel rojo, lo colgó un momento en un árbol y lo dejó caer al fin entre los tulipanes, donde sus frenéticos intentos de escapar despertaron al perro, provocando sus carreras y ladridos, mientras Johnny se apresuraba a soltar la cuerda y aplicar el ojo a la mira.

La Princesa, que ya tenía los ojos bien abiertos, palmoteó cuando Pippo le trajo la vistosa ilustración para que la viera, mientras la anciana bostezaba y se alejaba, llevando la rueca como un fusil al hombro.

-¡Le gusta ! ¡Cuánto me alegro!... Ojalá

tuviera más para enviarle. Esta se despegará..., la pasaré del otro lado, y quizás ella la vea.

Sumamente excitado, Johnny arrancó de la pared, sin pensarlo dos veces, su más preciada ilustración, un alegre ramillete que acababa de colocar. Lo dobló, lo pasó por la abertura y esperó a ver qué ocurría.

No hubo más que un susurro, un ladrido, y un extraño graznido del ave espléndida, que provocó dulces trinos de los canarios.

-Si no la ve, quizás oiga -murmuró Johnny, que se puso a silbar como un ruiseñor. Esta era su única habilidad, de la cual estaba orgulloso.

No tardó en oír una risa del loro, seguida de una voz que dijo:

-No, Polly; tú no sabes cantar como ese pájaro. ¿Dónde estará? Me parece que entre aquellos arbustos... Ven, Pippo, vamos a buscarlo.

-¡Ahora viene! -y Johnny enrojeció tratando de emitir sus notas más dulces.

Los pasos se acercaron cada vez más, las lilas susurraron como si las hubieran agitado, y poco después desapareció el rollo de la parea. Una pausa y luego la vocecita exclamó en tono de gran sorpresa:

-Pero, ¡si aquí hay un agujero! Es la primera vez que lo veo. ¡Oh, se ve la calle! ¡Qué lindo, qué lindo!

"¡Le gusta el agujero! ¿Le gustaré yo?" se preguntó Johnny, que alentado por esos éxitos sucesivos, volvió a mirar.

Esta vez tuvo la sorpresa más deliciosa, pues se encontró con un gran ojo azul, con atisbos de una cabellera dorada arriba, una naricita redonda en el medio, y labios rojos debajo. Fue como un rayo de sol, y Johnny pestañeó como deslumbrado, pues cl ojo brilló, la nariz olfateó delicadamente, y la linda boca dio paso a una risa, mientras la voz exclamaba con deleite

-¡Veo alguien! ¿Quién eres? ¡Ven a contármelo!

-Soy Johnny Morris -repuso el muchacho, tembloroso de placer.

-¿Tú hiciste este lindo agujero?

-Hurgué un ladrillo y se cayó...

-A papá no le importará. ¿El pájaro es tuyo?

-No; fui yo quien silbó.

-Muy lindo... Hazlo de nuevo -ordenó la voz, como habituada a dar órdenes.

Johnny obedeció y cuando se detuvo sin aliento, una mano pequeña pasó por la

abertura trayendo consigo todos los lirios del valle que podía asir, y la Princesa expresó su placer con magnanimidad al decir:

-Me gusta; algún día lo harás de nuevo. Aquí tienes unas flores para ti... Ahora, hablemos. ¿Eres un muchacho simpático?

Esta era una pregunta difícil, a la cual Johnny, con la nariz hundida voluptuosamente entre las hermosas flores, respondió con humildad:

-No, mucho... Soy cojo y no puedo jugar como los demás.

¡Poverino! -suspiró la vocecita, llena de compasión. Un instante después, tres tulipanes rojos y amarillos caían a los pies de Johnny, haciéndole sentir como si realmente hubiera caído en el país de las hadas por aquel precioso agujero.

-¡Gracias! Son hermosísimas. No suelo ver tales bellezas -tartamudeó el pobre muchacho, sujetando sus tesoros como si temiera su desaparición.

-Tendrás cuantas quieras... Nanna me regañará, pero a papá no le importará. Cuéntame más... ¿Qué haces allí? -preguntó ávidamente la niña.

-Nada más que pegar fotos y componer libros, cuando no estoy demasiado dolorido... Antes ayudaba a mamá, pero me lastimé y ya no puedo hacer gran cosa - repuso él, y avergonzado de mencionar cuántos encajes elegía o colocaba, puesto que era la única ayuda que podía prestar.

-Si te gustan los retratos, alguna vez vendrás a ver los míos. Yo hago muchos, papá me enseña... Los suyos son magníficos. ¿Tú dibujas o pintas los tuyos?

-Solamente los recorto de los periódicos, y luego los pego en esta pared o en carpetas de recortes. No sé dibujar ni tengo pinturas - explicó Johnny.

-Iré a verte un día, y si me gustas, te regalaré mi vieja caja de pinturas. ¿La quieres?

-¡Claro que sí!

-Creo que sí me gustarás, así que la llevaré

cuando vaya... ¿Sientes mucho dolor?

-A veces es terrible. Tengo que permane

cer todo el día tendido sin poder hacer nada...

-¿Y lloras?

-No; ya soy demasiado crecido para eso. Silbo...

-¡Sé que me gustarás, porque eres valiente! -gritó la impetuosa voz, con su agradable acento.

Luego una naranja llegó rodando por la abertura, como si su nueva amiga ansiara hacer algo por aliviar su dolor.

-¡Qué preciosidad! Me encantan, pero mamá no puede comprarlas a menudo - declaró Johnny, mientras probaba allí mismo un bocado.

-Entonces te daré. muchas... En casa tenemos en cantidad y mucho más buenas que ésa. ¡Ah, tendrías que ver nuestro jardín allá!

-¿Dónde vives? -se aventuró a preguntar Johnny, al advertir el tono de nostalgia con que fueron pronunciadas esas palabras.

-En Roma. Aquí nos quedaremos solamente un año mientras papá arregla sus asuntos; después regresaremos y yo seré feliz.

-Me figuro que serás feliz allí... A mí me parece espléndido; ansío verlo desde que pude salir.

-Pues a mí me aburre. Prefiero estar donde siempre hace calor, y la gente es más hermosa que aquí. ¿Tú eres hermoso?

"¡Qué preguntas raras hace!", díjose el pobre Johnny, tan perplejo que apenas pudo tartamudear, riendo

-Me parece que no... A los muchachos no nos interesan las apariencias.

-Asómate y déjame ver... Me gustan las personas lindas -ordenó la voz.

"¡Cuántas órdenes da!% pensó Johnny, mientras obedecía. Pero como le agradaba, mostró una cara tan sonriente por la mirilla, que la Princesa Fay se dignó decir, una vez que le dedicó una prolongada mirada.

-No, no eres bello, pero tus ojos son luminosos, pareces agradable, de modo que no importan las pecas de tu nariz ni la palidez de tu cara. Creo que eres bueno... Me da pena por ti, y te prestaré un libro para que leas cuando sientas dolor.

-Si tuviera un libro, no podría esperar. ¡ Me gusta tanto leer! -exclamó Johnny, riendo de puro deleite al pensar en un nuevo libro, puesto que rara vez obtenía uno : era demasiado pobre para poder comprarlos, y su invalidez le impedía aprovechar las bibliotecas gratuitas de la ciudad.

-En tal caso, lo tendrás ahora mismo.

Y se oyó otra carrera en el jardín, seguida por la aparición de un libro pequeño y grueso, lentamente empujado a través del hueco de la pared.

-Este es el único que podrá pasar... Sé que te gustarán los cuentos de hadas de Hans Andersen. Consérvalo cuanto quieras... Yo tengo muchos más.

-¡Qué buena eres! Ojalá tuviera algo para ti -exclamó, el muchacho, abrumado ante tan dulce amistad.

-Déjame ver uno de los tuyos... Para mí serán nuevos; estoy cansada de todos los míos.

Con la rapidez de un relámpago, Johnny retiró la tapa de la vieja caldera y sacó media docena de sus mejores obras, que apretujó por la abertura del muro, mientras pedía con seriedad

-Guárdalos todos; no valen gran cosa, pero son lo mejor que tengo. Haré otros, más lindos, en cuanto encuentre más ilustraciones y trozos bonitos.

-Parecen muy interesantes. Te agradezco. Iré a leerlos ahora; y después otra vez a conversar. Addio, Giovanni.

-Adiós, señorita.

Así concluyó la primera entrevista de los pequeños Príamo y Tisbe, a través de una abertura en el muro, mientras Minino, sentado arriba, fingía luz de luna con sus ojos amarillos.

II

Después de ese día, comenzó una nueva vida para Johnny, quien floreció como una humilde plantita que ha logrado salir al sol desde algún oscuro rincón. Ocurrieron toda clase de cosas maravillosas; parecían haber llegado los buenos tiempos. El misterioso papá no objetó las libertades tomadas con su pared, ocupado como estaba con sus propios asuntos y satisfecho de ver contenta a su hijita. La vieja Nanna, más cuidadosa, fue a ver a los nuevos vecinos, y enseguida quedó desarmada por el infortunio del niño y los modales amables de su madre. Llevó todas las cortinas de la casa para que las arreglara la -señora Morris, y en un inglés agradable y entrecortado elogió la galería y biblioteca de Johnny, prometiendo traer algún día a Fay para que las viera.

Mientras tanto, los pequeños conversaban animadamente todos los días y se intercambiaban toda clase de objetos. Flores, frutas, libros y bombones mantenían a Johnny en pleno éxtasis, y le inspiraban tan brillantes inventos, que la Princesa nunca sabía qué agradable sorpresa esperar. Cometas asombrosas volaban por encima del

muro; globos de papel de seda explotaban sobre los canteros de flores. Todas las aves del aire parecían habitar aquella calleja, pues el muchacho silbaba y trinaba hasta enronquecer porque a ella le gustaba. El último de los centavos que ahorraba hacía tiempo salió de su alcancía de lata a fin de comprar pa peles e ilustraciones para los vistosos libritos que componía para ella. Su lado de la pared quedó devastado para poder adornar el de ella y, como la última ofrenda que podría ofrecer su corazón agradecido, pasó por la abertura al sapo, para que éste pudiera vivir entre los lirios y comerse las moscas que zumbaban alrededor de Su Alteza cuando venía a impartir órdenes a sus devotos súbditos.

Ella siempre lo llamaba Giovanni, nombre que consideraba más bonito que el de John, y nunca se fatigaba de contar cuentos, formular preguntas y hacer planes. Entre éstos, el favorito se relacionaba con lo que harían cuando Johnny fuera a visitarla, tal como ella había prometido para cuando su padre no estuviera demasiado ocupado para permitirles aprovechar las maravillas de su estudio. Es que Fay, verdadera hija de artista, consideraba que no existía nada tan bello como un cuadro. Johnny, que pensaba lo mismo, soñaba con el día feliz en que iría a ver las maravillas tan bien descriptas por su amiguita.

-Creo que será mañana, porque papá tendrá pronto un ataque de pereza. Entonces siempre juega conmigo y me deja revolver donde quiero,. mientras él sale a fumar en el jardín. Así que prepárate, y si él dice que puedes venir, te avisaré temprano para que te des prisa.

El oído bien dispuesto de Johnny recibió tan agradables observaciones, dos semanas después de iniciada aquella relación. El se apresuró a prometerlo, para agregar un minuto más tarde, con sobriedad:

-Mamá dice que teme que para mí sea excesivo andar, subir escalones y ver cosas nuevas, pues me canso con facilidad y entonces viene el dolor. Pero no importa si puedo ver los cuadros... y a ti.

-¿Nunca mejorarás? Nanna cree que quizás sí.

-Mamá también lo cree, si tuviéramos dinero. para ir al campo, comer cosas buenas y pagar a un médico... Pero como no podemos, de nada vale preocuparse -suspiró Johnny.

-Ojalá papá fuera rico, así podría darte dinero. Trabaja duro para reunir lo suficiente para volver a Italia, así que no puedo pedírselo, pero quizás pueda vender mis cuadros y ganar un poco. Los amigos de papá suelen ofrecerme dulces, a cambio de besos; yo pediré dinero, y así podré ayudarte. Sí, lo haré -repitió Fay,. palmoteando decidida.

-No pienses en ello... Aprenderé a arreglar zapatos; el señor Pegget dice que me enseñará. Para eso no hacen falta piernas y se gana lo bastante como para vivir muy bien.

-No es un lindo trabajo... Nanna puede enseñarte a trenzar mimbre, como hacía' en nuestro país; eso es lindo y fácil, y, según dice ella, las cestas se venden muy bien. Le hablaré al respecto y tú podrás intentarlo mañana, cuando vengas.

-Lo haré. Entonces, ¿crees tú que puedo ir? -preguntó Johnny, mientras se incorporaba

para probar las piernas, pues temía lo que le parecía una larga caminata.

-Iré ahora mismo a preguntárselo a papá...

Fay se alejó volando, para volver con un alegre "¡Sí!" que envió a Johnny, cojeando, en busca de su madre, para rogarle que remendara los codos de su única chaqueta, porque súbitamente, tan harapientas le parecían sus ropas que temía mostrarse así ante los vecinos que tanto anhelaba ver.

-¡Viva! Mañana iré, de veras. Y tú también, mamacita querida -gritó el muchacho, agitando su muleta con tal vigor, que resbaló y cayó-. No importa; estoy habituado. Ponme de pie, que descansaré mientras conversamos -agregó con animación, mientras su madre lo ayudaba a llegar a la cama, donde olvidó su dolor al pensar en las maravillas que lo esperaban.

El día siguiente, Fay acudió temprano a la abertura del muro, pero Johnny no apareció; y cuando Nanna fue a ver qué le ocurría, regresó con la triste noticia de que el pobrecito estaba muy dolorido y no podría moverse por varios días.

-Déjame ir a verlo -imploró Fay.

-Cara mia, ese sitio no es para ti -declaró Nanna, decidida-. Tan oscuro, húmedo y miserable, que parte el corazón.

-Si papá estuviera aquí, me dejaría ir. No jugaré; me sentaré aquí haciendo planes para mi pobre amigo.

Dejando a su amita indignada, Nanna fue a preparar un buen tazón de sopa para Johnny, mientras Fay urdía un excelente plan ' y, lo que es más notable, lo llevaba a cabo.

Durante una semana llovió; durante una. semana Johnny guardó cama, dolorido, y durante una semana Fay trabajó en silencio en su pequeño caballete de un rincón del estudio, mientras su padre daba los últimos toques a un hermoso cuadro, demasiado atareado para prestar mucha atención a su hija. El sábado salió el sol, Johnny mejoró y el cuadro grande quedó concluido. También los más pequeños, pues, mientras su padre descansaba "al terminar su labor, Fay se le presentó con expresión fatigada: pero feliz, y poniéndole en la mano varios dibujos, le explicó el plan que acariciaba

-Papá, dijiste que me pagarías un dólar por cada copia buena que hiciera del molde que tú me diste. Lo intenté con ahínco, y aquí tienes tres... Necesito dinero; ¿puedes pagármelas?

-¡Son excelentes! -aseguró el artista después de mirarlas-. Has trabajado de veras, querida hija, y aquí -tienes tus tres dólares, que bien los ganaste. ¿Para qué los necesitas?

-Para ayudar a mi amigo... Quiero que venga a ver los cuadros, y a que Nanna le en

señe a trenzar cestas. Podrá descansar, y a- ti te gustará, y podría curarse si tuviera un poco de dinero, y yo tengo tres monedas de veinticinco centavos que tus amigos me dieron en lugar de bombones. ¿Será suficiente para que Giovanni pueda ir al campo y ser atendido por médicos?

No es de extrañar que papá quedara perplejo ante tan extravagante enredo, pues, absorto en su obra, nunca oía ni la mitad de lo que le decía su hija, y había olvidado todo -lo relativo a Johnny. Ahora la escuchaba a medias, estudiando el efecto de la luz del sol sobre su cuadro, mientras Fay le contaba la historia y rogaba que le dijera cuánto dinero haría falta para curar la espalda de Johnny.

-Bendita sea tu alma bondadosa, querida; haría falta más de lo que yo dispongo o tú podrías ganar en un ano... Alguna vez, cuando tenga tiempo, veremos qué se puede hacer -respondió el pintor, mientras fumaba cómodamente sentado en un sofá del amplio estudio, en los altos de la casa.

-Eso lo dices acerca de muchísimas cosas, papá. Así, ese "alguna vez" no te bastará para hacer todo lo que prometes. Prefiero "ahora", y al pobre Giovanni le hace falta el campo, más que a ti los cigarros y a mí un vestido nuevo -insistió la niña mientras acariciaba la frente fatigada de su padre y lo miraba con expresión implorante..

-Querida, no puedo renunciar a mi cigarro, puesto que en su humo calmante hallo inspiración, y a ti, pese a que eres un angelito, es necesario vestirte; de modo que espera un poco, y ya nos ocuparemos de ese muchacho... más tarde.

Iba a decir de nuevo "alguna vez", pero se detuvo a tiempo, riendo.

-En tal caso, yo sola lo llevaré al campo. No puedo esperar ese odioso "alguna vez Ya sé cómo hacerlo, y enseguida... ¡Ahora mismo! -gritó Fay, perdida la paciencia, y con una mirada de indignación a su padre, que parecía a punto de dormirse, salió disparada de la pieza, bajó muchas escaleras, pasó por la cocina, sobresaltando a Nanna y derramando la ensalada como al paso de un torbellino, y no tomó aliento hasta verse ante el muro del jardín, con una hachuela en la mano.

-Este será el campo para él, hasta que reúna dinero suficiente para enviarlo. Demostraré lo que soy capaz de hacer... El retiró dos ladrillos; yo derribaré la pared, y entonces él vendrá enseguida -jadeó la niña, mientras propinaba un buen golpe a los ladrillos, resuelta a llevar a cabo su voluntad sin demora. Es que era un ser impetuoso, lleno de cariño y compasión hacia el pobre muchacho que languidecía por la falta de aire puro y sol, que ella tenía de sobra.

Bang ! ¡ Bang !, hacía la hachuela, que fue derribando un ladrillo tras otro, hasta que la abertura permitió que pasara la cabeza de Fay, quien, ya sin aliento, se detuvo a descansar y observar la calleja de Johnny.

Entretanto, Nanna, en cuanto reunió las hojas de lechuga y recobró el dominio de sus facultades, fue a ver en qué andaba la niña, y al hallarla en plena obra como una pequeña furia, corrió a contar al "signor", el padre de Fay, que su hijita estaba a punto de destruir el jardín y enterrarse bajo los restos del muro. Tal información, transmitida entre gemidos y vehementes ademanes, alarmó al artista, quien acudió al rescate, sabiendo como sabía que su angelito era muy enérgico y capaz de gran destrucción.

Al llegar, contempló una nube de polvo; un montón de ladrillos entre los lirios, y los pies de su hija qué sobresalían de un gran agujero en la pared, mientras tenía del otro lado la cabeza y los hombros. Sumamente divertido, aunque temeroso de que pudiera caer sobre ella la albardilla de piedra, la sacó de allí asegurándole que la escucharía y la ayudaría inmediatamente, si tanta prisa era necesaria.

Pero se puso serio al ver la cara de Fay, porque estaba bañada en lágrimas ; le sangraban las manos, y el polvo la cubría de pies a cabeza.

Querida mía, ¿qué te causa desdicha? Díselo a papá, que él hará lo que desees.

-No; tú olvidarás, tú dirás "espera", y ahora que he visto todo, no puedo detenerme hasta sacarlo de ese sitio espantoso. Mira, mira y dime si no es triste vivir allí, entre el dolor, la oscuridad y la pobreza.

Al hablar, Fay empujaba a su padre hacia el agujero. El miró para complacerla, y entonces vio la sombría calleja, la calle bulliciosa, del otro lado, y bien cerca la pieza baja donde la madre de Johnny trabajaba el día entero, mientras la pálida cara del muchacho se dis- tinguía apenas, tendido como estaba sobre su cama, a la espera de alivio.

-Bueno, bueno; es de veras un caso lamentable, y fácil de arreglar, puesto que Fay le da tanta importancia. Espero que el muchacho sea como ella afirma, y que su enfermedad no sea contagiosa... Nanna podrá decírmelo.

Retiró la cabeza; condujo a Fay al asiento, la sentó sobre su rodilla y la calmó diciéndole con ternura

-Ahora cuéntame todo al respecto; te aseguro que no lo olvidaré. ¿Qué debo hacer para complacerte, antes de que me eches encima la casa?

Entonces Fay repitió su relato, que su padre, al no estar ocupado, halló muy conmovedor, con esa carita sucia levantada hacia la suya, y las manos lastimadas unidas en un ruego por el pobre Johnny.

-Dios bendiga tu tierno corazón, hija; mañana lo tendrás aquí y veremos qué se puede hacer por esas pobres piernas. suyas... Pero escúchame; sé de un método más

fácil que el tuyo, y que será una gran sorpresa para tu amigo. Aunque hay poco tiempo, es posible hacerlo, y para demostrarte que va en serio, iré a comenzar el trabajo en este mismo instante. Ve a lavarte la cara mientras me pongo las botas, y luego iremos juntos...

Al oír esas palabras, Fay rodeó con sus brazos el cuello de su padre, y lo besó muchas veces, agradecida, deteniéndose luego para preguntar:

-¿Ahora, de veras?

-Ya verás si es así o no...

.Y, dejándola en el suelo, papá se puso en marcha a grandes pasos, mientras ella, riendo, corría tras él, calmadas sus dudas por tan agradable energía de su parte.

De no haber estado dormido en el cuarto del fondo, Johnny habría presenciado un espectáculo extraño y placentero durante esa tarde y el anochecer, pues lo sucedido en la calleja_ encantó a su madre, divirtió al artista e hizo de Fay la niña más feliz de Boston. Nadie debía revelarlo hasta el día siguiente, de modo que la sorpresa de Johnny resultara perfecta, y la señora Morris permaneció levantada hasta las once para prepararle sus viejas ropas, porque el padre de Fay, al visitarla, hablase interesado en el muchacho, sin poderlo evitar, al ver su carita paciente.

Por eso los martillos resonaron, las lianas rasparon, las palas cavaron, y se efectuaron maravillosos cambios, mientras Fay danzaba, alrededor, bajo la luz de la luna, como un Puck decidido a una linda travesura, y papá citó las palabras de despedida del calderero Snout[1] que consideró apropiadas para el momento

"De este modo yo, el Muro, representé mi papel;
y, una vez cumplido, el Muro así se va".

III

La hermosa mañana dominical amaneció sin una nube; hasta en la sombría calleja brilló un cálido sol de mayo, y frescas brisas primaverales soplaron desde los lejanos prados. Johnny pidió salir, y como estaba mucho mejor, su madre consintió y lo ayudó a vestirse con expresión tan luminosa y manos tan prestas, que el muchacho dijo con inocencia:

-¡Cómo te alegras cuando mejoro! No sé qué harías si llegara a curarme.

-Pobre hijo mío, empiezo a pensar que sí te curarás, ahora que llegó el buen tiempo y tienes una amiguita con quien jugar, Dios la bendiga...

El no comprendió por qué motivo su madre lo abrazó súbitamente, para luego alisarle el cabello con lágrimas en los ojos, pero tanta prisa tenía por salir, que sólo pudo besarla bien y partir cojeando a ver el estado de su galería después de la lluvia y gozar de una buena ojeada al jardín encantado.

Menos mal que su madre lo siguió de cerca, porque estuvo a punto de caer, tan

[1] Personaje del "Sueño de una Noche de Verano", de Shakespeare.

grande fue su sorpresa cuando vio la vieja pared tan conocida, después del milagro cumplido a la luz de la luna por las buenas hadas Amor y Piedad.

El agujero desparejo habíase convertido en una puerta con arcada, pintada de rojo. De cada lado había una maceta verde con una adelfa en flor; del arco pendía un gran ramo de vistosas flores, y delante del umbral había una carta dirigida, con escritura infantil, al "Signor Giovanni Morris".

Cuando se hubo recobrado de la agradable impresión causada por tan espléndida transformación, Johnny se dejó caer en su silla, donde alguien colocara un blando almohadón, y leyó el mensaje, entre suspiros de arrobamiento ante la maravillosa perspectiva que lo esperaba.

"Querido Giovanni: Papá hizo esta linda puerta para que puedas venir cuando gustes sin fatigarte: Tendremos dos llaves, y nadie más podrá abrirla. Cuando tiremos de la cuerda, sonará una campanilla; entonces podremos

ir a ver qué deseamos. La pintura está fresca. Papá la pintó, y los hombres la colocaron anoche. Yo los ayudé y no me acosté hasta las diez. Fue muy lindo y espero que te agrade. Ven en cuanto puedas; yo estoy preparada. Tu amiga Fay".

-Mamá, debe ser una verdadera hada para poder hacer todo esto, ¿no te parece? -preguntó Johnny, mientras contemplaba la puerta tras la cual lo esperaba tanta felicidad.

-Sí, hijito mío, es un hada buena como se debe, y ojalá pudiera lavar su ropa gratis durante el resto de su bendita vida -repuso la señora Morris, en un arranque de ardoroso agradecimiento.

-¡Y lo hará, lo hará! ¡Vengan que no puedo esperar un minuto más! -gritó una vocecita ansiosa, mientras la puerta roja se abría, y allí apareció Fay, muy parecida a un duende feliz con su nuevo vestido blanco, una corona de flores en los cabellos y una larga vara verde en la mano.

Tenía el pájaro brillante posado en el hombro, y el perrito blanco bailaba entre sus pies.

"Y. te invita a venir,

con tu hoyuelo en la barbilla, Billy, muchacho, Billy, muchacho".

Así cantó la niña, recordando cuánto -le gustaba a Johnny esa canción. Y, agitando la mano, retrocedió con lentitud mientras él, con la cara luminosa, pasó bajo la florida arcada a un mundo nuevo, lleno de sol, libertad y cariñosa compañía.

Ni Johnny ni su madre olvidaron jamás aquel día feliz, que fue el principio de la esperanza para ambos, en el preciso momento en que la vida parecía más difícil y el futuro se presentaba más sombrío. Aunque se mantuvo oculto, papá contempló al pequeño grupo sentado bajo los castaños. Con gracia y habilidad italianas, Nanna y Fay hicieron los honores del jardín a sus invitados, mientras la madre, llena de una felicidad inexpresable, unía sus manos, y el muchacho parecía un alma feliz en el paraíso.

El silencio dominical, interrumpido solamente por los sones de las campanas y el ruido de pasos de los feligreses, cubría la ciudad; el sol lanzaba sombras doradas sobre el césped ; el suave viento traía aromas primaverales del bosque, y cada flor parecía hacer señas, como si dieran la bienvenida al nuevo compañero de juegos.

Mientras las mujeres conversaban, Fay condujo a Johnny por su pequeño mundo, mostrándole sus refugios favoritos y haciéndolo descansar a menudo en los bancos que se encontraban por doquier, mientras lo divertía enormemente contándole las fantasías con que entretenía su soledad.

-Ahora será mucho más lindo, porque tú me contarás las tuyas y podremos hacer grandes cosas -declaró, una vez que le mostró su gran caballo de hamaca,. su gruta

llena de helechos, su mar fingido, donde una flota de barcos de juguete permanecía anclada en la cuenca de una antigua fuente; su país de las hadas entre las lilas, con duendes de papel sentados entre las hojas; su hamaca, que la lanzaba muy alto entre las ramas verdes, y la cesta de gatitos blancos, donde Topacio, la gata de ojos amarillos, ronroneaba ahora con orgullo maternal. Sobre la mesa rústica se apilaban libros, así como todos los cuadros que Fay consideraba dignos de ser vistos.

También apareció aquí un buen almuerzo, antes de que los visitantes alcanzaran a recordar que era mediodía y despedirse. Johnny jamás había comido tan maravillosas uvas y naranjas, tan deliciosas tartas y platos italianos de varias clases; el mismo pan con manteca parecía realzado, servido así en una fuente adornada de hojas, y cortado en pulcros pedacitos. Un café que perfumaba el aire reanimó a la pobre señora Morris, que se privaba para que se alimentara su hijo, y él bebió leche hasta que Nanna, mientras volvía a llenar la jarra, comentó riendo:

-Traga más que los dos corderos benditos que solíamos alimentar para Santa Inés en el convento, allá en nuestro país... Y con gusto daremos al pobrecito lo mejor que tenemos, porque es tan inocente y desvalido como ellos.

-¿A qué se refiere? -susurró Johnny a Fay, algo avergonzado por haber olvidado sus buenos modales en la satisfacción producida por tres jarros colmados de buena leche.

De modo que, sentada a su lado en el gran sillón rústico, Fay le contó la bonita historia de los corderos que son dedicados a Santa Inés, con cintas atadas a su lana, y luego criados con cuidado hasta que se los esquila a fin de confeccionar vestiduras para el Papa. La niña pensó que el relato era apropiado para el día, y siguió contando las maravillas de Roma hasta que a Johnny le quedó la cabeza repleta con una espléndida confusión de ideas nuevas, donde se mezclaban deliciosamente San Pedro y las tortas de manzana, corderos sagrados y puertas rojas, antiguas imágenes y bondadosas niñas. Todo aquello parecía un cuento de hadas; nada resultaba demasiado maravilloso o encantador para suceder en aquel día memorable.

De modo que, cuando al fin apareció papá, que halló imposible permanecer más tiempo apartado del feliz grupo, Johnny decidió al punto que aquel hombre tan bien plantado, con chaqueta de terciopelo, era el rey del país encantado, de modo que lo miró con asombro y reverencia. Y resultó ser un rey de lo más benigno, puesto que después de dirigirse amablemente a la señora Morris y bromear con Fay por haber derribado los muros, propuso llevar a Johnny. Y, en efecto, lo levantó y partió llevando al atónito muchacho cobre un hombro, mientras la niña se adelantaba, bailando, para abrir puertas y despejar el camino.

Johnny no creía poder sorprenderse más, pero 'una vez que subió muchas escaleras y se encontró en un gran salón con techo de cristal, lleno de suntuosas cortinas, extrañas armaduras, cosas bonitas y cuadros por todas partes, no pudo hacer otra cosa que permanecer sentado en el gran sillón donde lo instalaron y observar con silencioso deleite.

-Este es el estudio de papá, y aquél el famoso cuadro, y aquí e§ donde trabajo yo. ¿No te parece agradable? ¿No te alegra verlo?.exclamó Fay, mientras se deslizaba de un lado a otro para hacer los honores de la casa.

-No creo que el cielo sea más hermoso -repuso Johnny en voz baja, mientras su mirada iba de las verdes copas de árboles que asomaban por las ventanas, al vasto cuadro que representaba un jardín romano, con niños que jugaban entre las estatuas y fuentes en ruinas.

-Me alegro que te guste, porque pensamos hacerte venir muchas veces. A menudo hago de modelo para papá, y me fatigo mucho, y tú podrás hablarme, y luego verme

dibujar y modelar con arcilla, y después iremos al jardín y Nanna te enseñará a fabricar cestas, y entonces jugaremos.

Johnny asintió con la cabeza, encantado ante tan maravillosa perspectiva, y exploró durante una hora los misterios del estudio, con Fay como guía y su padre como entretenido espectador. Aquel muchacho le agradaba cada vez más, y se alegraba de ver que Fay contaba con un compañero de juegos tan inofensivo, para gastar en él sus energías y su compasión. Por eso accedió a todos los planes propuestos y esperó poder ayudar realmente a sus vecinos pobres, pues era bondadoso y amaba a su hijita más aún que a su arte.

Cuando por fin la señora Morris reunió valor para llevarse a Johnny, éste obedeció sin una palabra y se acostó en su mísera habitación, con la cara resplandeciente todavía por los pensamientos felices que colmaban su mente, hambrienta de tales placeres y alimentada por primera vez.

Después de aquel día, todo fue como sobre rieles, y Ambos niños florecieron en el bello jardín, donde la magia del amor y la compasión, el aire puro y el sol, no tardaron en obrar milagros. Fay aprendió paciencia y amabilidad de Johnny, que día a día se fortaleció con los mejores alimentos proporcionados por Nanna y el ejercicio que fue tentado a hacer. Los dos pasaron días muy felices trabajando y jugando, a veces debajo de los árboles, donde confeccionaban bonitas cestas, o en el estudio, donde ambos pares de pequeñas manos modelaban preciosos objetos de arcilla o lograban cuadros sorprendentes con los pinceles viejos y telas abandonadas por el pintor.

La señora Morris lavaba todo lo que había para lavar en la casa, y con tanto esmero arregló los vestidos de Fay, que ésta se pareció más que nunca a un duendecillo, con su cabeza surgiendo de los encajes, como el centro amarillo de una margarita con sus pétalos blancos alrededor.

Al contemplar los juegos de los niños, el artista, que no tenía entre manos ningún trabajo grande, higo varios bonitos esbozos de ellos, y después se le ocurrió la buena idea de pintar la escena del jardín, donde Fay conversara con Johnny por primera vez. Le agradaba hacerlo y los niños resultaron muy buenos modelos, de modo que logró una obra encantadora, donde colocó al gato, el perro, el ave y el sapo como los diversos personajes de la maravillosa pieza teatral de Shakespeare, mientras las flores eran los duendes, que espiaban y escuchaban en graciosas actitudes.

Lo llamó "Los Pequeños Príamo y Tisbe", y tanto agradó a cierta dama adinerada, que pagó una buena suma por él, y luego, al descubrir que relataba un hecho real, agregó generosamente una cantidad suficiente para enviar a Johnny y su madre al campo, cuando Fay y su padre estuvieran dispuestos a marcharse.

Pero fueron a una tierra más hermosa que las conocidas por el muchacho a través de sus libros de cuentos, y a una vida más feliz que la de remendar zapatos en la sombría calleja. En otoño, todos partieron juntos para vivir durante años en la soleada Italia, donde Johnny creció alto y fuerte, y aprendió a pintar con un bondadoso maestro y una fiel amiga, que siempre se alegró por haberlo encontrado y liberado gracias al maravilloso hueco en la pared.